

América Latina y su educación superior ante la globalización*

por Alberto Ponce Fossali

El autor

Licenciado en Relaciones
Laborales. Gerente de
Recursos de la Universidad
Católica del Uruguay.

Como representante de una universidad administrada por la Compañía de Jesús, y por su contenido, creí oportuno tomar como base para mi exposición el documento denominado "Desafío de América Latina y propuestas educativas", elaborado por la Asociación de Universidades confiadas a la Compañía de Jesús en América Latina (AUSJAL) para el congreso que tuvo lugar en Brasil durante el mes de abril del pasado año, en el que participaron todos los rectores de dichas universidades.

Mi exposición constará de una breve reseña de los intentos de integración regional que se han dado en América Latina desde 1950 a la fecha, y de un panorama político y social de ésta, extractado del documento que cité anteriormente.

Continuaré con un sintético desarrollo del concepto de globalización y su impacto en América Latina, para finalizar con el análisis del papel de la universidad en la sociedad de nuestra América, frente al fenómeno de la globalización, extractado también del mencionado documento.

* Trabajo presentado al XVI Congreso Panamericano de Crédito Educativo, Buenos Aires, 15 al 17 de mayo de 1996. Quiero agradecer a APICE y CREED, organizadores de este congreso, y muy especialmente al Dr. Jorge Tellez Fuentes, director ejecutivo de APICE y a la Lic. Inés Domínguez, directora del CREED, la amable invitación para participar como conferencista en este importante evento.

Intentos de integración regional

En América Latina, las iniciativas de integración económica tienen una trayectoria cuyo comienzo se puede situar a comienzos de los años cincuenta, a partir de las ideas de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL).

Estas tomaban como base:

a) que las políticas de sustitución de importaciones aplicadas por los países de la región tendían al agotamiento, dada la estrechez de los mercados nacionales, y

b) que a nivel regional y subregional debía buscarse la integración de las economías mediante la apertura recíproca de los mercados, con la finalidad de dar a aquellas políticas más eficiencia y dinamismo, tendiendo al mismo tiempo al objetivo de la industrialización.

Los antecedentes latinoamericanos de integración, como ALALC en 1960 y posteriormente ALADI, evidentemente no dieron los resultados esperados. Uno de los motivos por los cuales estas experiencias fracasaron fue porque se estableció un procedimiento de liberalización comercial que se negociaba producto a producto, y no se comprendía el universo de productos de los países firmantes ni se establecían fechas tope para la desgravación total arancelaria.

En ese mismo año se crea el Mercado Común Centroamericano (MCCA), con cinco países: Costa Rica, El Salvador, Chile, Ecuador y Perú.

Casí diez años después surgió el Grupo Andino (GRAN), formado por Bolivia, Colombia, Chile, Ecuador y Perú.

En 1973 se forma la Comunidad del Caribe (CARICOM), integrada por numerosos países de habla inglesa del Caribe.

Pero estos procesos integradores, mediante la formación de bloques, se detienen en la década de los ochenta; primero declinan y luego se congelan.

A mediados de 1990, el presidente de los Estados Unidos enuncia la llamada "Iniciativa para las Américas", por intermedio de la cual se propone la constitución de una zona de libre comercio continental, que comprendía desde Alaska a Tierra del Fuego. A partir de esta enunciación, muchos países de la región y algunas agrupaciones subregionales suscribieron acuerdos marco con Estados Unidos.

Pero la realidad nos muestra que la negociación de este sistema de tratados tiende a ser lenta y compleja, y que las exigencias que impone unilateralmente Estados Unidos resultan difíciles de cumplir para la mayoría de los países de la región en su estado actual, sobre todo por la heterogeneidad en el tamaño y el nivel de desarrollo de los países, unido a la inestabilidad política y económica de varios de ellos (GANA BARRIENTOS 1994).

En 1991 se agrega el MERCOSUR, integrado por Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay, constituyéndose en una agrupación muy importante en términos de población y producción global: 198 millones de habitantes y un PBI varias veces superior al de otras subregiones. El MERCOSUR ha dado un gran paso al establecer una desgravación automática y progresiva, que todos los países que lo integran deben cumplir en plazos predeterminados.

En el contexto mundial es evidente que en las últimas décadas se ha dado un proceso de concentración en grandes bloques comerciales de influencia continental.

En América del Norte, los Estados Unidos han realizado en los últimos años tratados comerciales regionales, con Canadá en primer lugar y más recientemente con Méjico, a través de los cuales se busca crear una unión aduanera.

En Europa, la pequeña comunidad de seis países que no influía en el comercio mundial, ha dado paso a la Comunidad Económica Europea, con un potencial económico nunca antes imaginado.

En Asia, es indudable la preponderancia del Japón, como potencia industrial y comercial. También están los denominados "cinco tigres del Asia". Estos países, utilizando tecnología de origen japonés, han logrado competir exitosamente en los mercados del mundo, produciendo mercaderías sobre la base del bajo costo de la mano de obra, pero con tecnología avanzada.

En este contexto, la única región con un desarrollo económico aceptable que ha quedado fuera de los grandes bloques ha sido la América Latina. Las fracasadas experiencias de ALALC, ALADI, el Pacto Andino y los acuerdos bilaterales entre países, han dejado a la región en una situación cada vez más solitaria, en un mundo que cada vez se mueve más en bloques económicos (FERREIRA y RAMOS OLIVERA 1991).

Panorama político-social de América Latina

La CEPAL ha elaborado diversos estudios y ha convocado a expertos europeos y de la región para discutir los aspectos centrales de la coordinación de políticas, su aplicabilidad al caso latinoamericano y los respectivos beneficios y costos que esta cooperación puede generar. De estos estudios se extrae la conclusión de que los países miembros de un esquema de integración, para tener éxito en la coordinación antes referida, deben estar dispuestos a arriesgar una posible pérdida de autonomía de decisión en el manejo de sus políticas económicas, a cambio de lograr un acuerdo cooperativo. Para ello es necesario

que no exista una gran dispersión en el comportamiento de las variables macroeconómicas entre los países asociados, cosa muy difícil en la actualidad, ya que, en la región, la inestabilidad macroeconómica es frecuentemente un síntoma de pérdida de dominio sobre algunas de las variables críticas, por lo que los ejercicios de coordinación de políticas de integración deben partir considerando esta realidad. En el documento que les cité en la introducción se da un interesante panorama de la realidad de la región:

Como *elementos negativos* de nuestra realidad latinoamericana destaca:

—Que *“cada vez hay más pobres en pobreza extrema, mientras las minorías opulentas acrecientan sus ganancias”*.

“En la economía mundial, el peso relativo de nuestro continente ha disminuido. En 1950, nuestros países producían el 12,42% de las exportaciones mundiales. En 1980, el porcentaje se redujo a 5,41%, y llegó a bajar al 4%”. En 1960, el 20% más rico de los países del mundo era treinta veces más rico que el 20% más pobre. Treinta años después, en 1990, el 20% más rico de los países del mundo era sesenta veces más rico que el 20% más pobre.

—La deuda externa es de más de 430.000 millones de dólares, lo que pesa gravemente sobre los deficitarios presupuestos públicos.

—Somos exportadores netos de capitales. En la década de los ochenta se produjo una transferencia neta al exterior de 230.000 millones de dólares, mientras que para el mismo tiempo se calcula en 700.000 millones de dólares el déficit de inversión en América Latina y el Caribe.

Como *elementos positivos* de cambio percibe que:

—La inflación, *“que en los ochenta llegó a un promedio de 500% para toda América Latina, en 1994 está por debajo del 20%”*.

—La región está atrayendo ocho veces más capital de inversión por año que en los años ochenta.

—Se ha operado un incremento del PBI.

—*“Las agotadas dictaduras dieron paso a las democracias, recibidas con gran esperanza de mejoras socioeconómicas y de recuperación de libertades ciudadanas...”*

—...pero las democracias volvieron atadas de pies y manos, al heredar *“pesadas cargas externas y desequilibrios macroeconómicos, con alarmantes déficit fiscales y altas tasas de inflación”*.

Todavía los costos sociales son muy altos, como lo evidencia el hecho de que *la mitad de la población de Latinoamérica vive en la pobreza*, por lo que si las nuevas políticas económicas no integran debidamente las políticas sociales, y se mantiene un divorcio entre las aspiraciones de la población y los efectos de las duras medidas de ajuste, pueden llevar a algunos de nuestros países al borde mismo de la gobernabilidad; generando revueltas, repetidos estallidos de

violencia y expresiones de descomposición social, fruto de la injusticia y del malestar social. Y así se cae en un círculo vicioso: si no hay estabilidad política ni paz social, no habrá inversiones que permitan generar empleo y asegurar mejores ingresos a nuestros trabajadores.

En general, el Estado y el sector público están en crisis profunda, y es inaplazable su redimensionamiento y saneamiento.

Los cambios sociopolíticos y económicos en América Latina no se pueden plantear aisladamente ni ignorando los grandes cambios mundiales que estamos viviendo. Estamos inmersos cada vez más en una economía que se globaliza y habilita una combinación más abierta de los factores de producción. La globalización y la apertura podrían permitir que países de América Latina, de Asia, de África y del Este Europeo se beneficiaran de capitales y tecnología que no poseen, si se dan ciertas realidades. Los factores de atracción requeridos para ello tienen mucho que ver con la estabilidad política y con aspectos educativos, sociales y culturales. En muchos casos, la asimetría existente en la economía mundial, unida a la ingenua u obligada apertura de mercados, trae más marginación y miseria, pues lo que los países pobres producen vale menos en el mundo, y lo que su población más necesita no es prioritario, dentro de un mercado de modelo consumista y aspiraciones inducidas, globalizadas por los aparatos comunicacionales y de fabricación de cultura. A su vez, las grandes potencias tienden a formar bloques que se cierran de manera proteccionista cuando sienten amenazados sus productos.

Concepto de globalización y su impacto en América Latina

Simultáneamente a esta situación de América Latina surge la temática de la globalización, que emerge de las transformaciones que se han dado en el mundo, a partir de las que se intenta construir una teoría que tiende a elaborar una comprensión interdisciplinaria de los nuevos procesos.

El concepto de globalización (BERVEJILLO 1995) puede sintetizarse en que es un cambio sistémico, que abarca todas las dimensiones de la sociedad: económica, política, social, cultural y físico-ambiental, que supone la creación de un escenario caracterizado por ser un espacio mundial de interdependencias único, que abarca todo el planeta, superponiéndose al territorio estructurado en el clásico concepto de continentes, países y regiones, y en el que se desarrolla un conjunto de sistemas globales cuyos componentes funcionan altamente

integrados, a pesar de la distancia y dispersión.

Veamos sintéticamente cómo se da ese cambio sistémico en las distintas dimensiones de la sociedad.

En la *económica*, nos encontramos con un sistema financiero transnacional, con una internalización de los mercados de consumo, con la nueva estructura tecnológica y con la globalización de las empresas y de los procesos productivos.

Levitt sostiene que las empresas deben aprender a operar como si el mundo fuera un gran mercado, ignorando las diferencias superficiales de origen nacional o regional. Sostiene que aquellas empresas multinacionales que han persistido en seguir las pautas de adecuación a la idiosincrasia de cada zona, se han quedado atrás. Sólo las empresas que ofrecen productos de carácter universal son las que tienen éxito a largo plazo, concentrándose en lo que todo el mundo desea, en lugar de insistir en los detalles relativos a lo que todo el mundo cree que podría gustar.

Afirma que las necesidades y deseos del mundo se han homogeneizado de un modo irrevocable. Esto convierte en obsoleta a la empresa multinacional, y en absoluta a la empresa globalizada. Bajo el punto de vista comercial, no hay nada que confirme más esto que el éxito de McDonald's, Coca-Cola, Pepsi-Cola, la música *rock*, las televisoras Sony, los vaqueros Levi's, por citar algunos ejemplos.

La dimensión *tecnológica* ha creado la infraestructura del nuevo espacio global, integrada por la informática, las telecomunicaciones, el transporte, el control y gestión de procesos de producción.

Siguiendo la opinión de Levitt, la tecnología dirige al mundo hacia una especie de uniformidad, porque casi todas las personas, en casi todos los sitios, ambicionan poseer todo aquello que han oído, visto o experimentado a través de las nuevas tecnologías.

En la dimensión *cultural*, los medios masivos electrónicos permiten la llegada simultánea, a todos los rincones del mundo, de los mismos relatos e imágenes.

En la dimensión *político-cultural e ideológica*, los cambios están asociados, entre otros, con la caída del mundo de bloques políticos, la nueva multipolaridad en un único espacio de jerarquías y dominios, la interdependencia de los movimientos de opinión, y la progresiva construcción de nuevas regulaciones globales.

Y por último, en la *físico-ambiental*, el mundo como ecosistema habitado es cada vez más interdependiente, y la acción humana cada vez más crítica, para determinar su evolución futura.

De los cambios sistémicos que trae la globalización sobre los territorios latinoamericanos resulta un proceso de reestructuración, que se va dando en

forma más acelerada en algunos países que en otros, pero en todos los casos en forma heterogénea e inacabada.

Esta forma en que se dan los procesos de reestructuración global hace que ni las políticas nacionales por sí mismas pueden generar el medio ambiente competitivo requerido por las empresas, ni las iniciativas o acciones de promoción empresarial en el nivel micro son suficientes para ello. La articulación local-global, o micro-macro, en el seno de un país, requiere una atención específica a las estructuras y dinámicas interinstitucionales en el nivel meso.

El modo de desarrollo territorial se sitúa así en la encrucijada de los megaprocesos y las historias y estrategias locales.

Está claro que el fenómeno existe, que resultará muy difícil para los territorios desarrollarse a espaldas de la globalización, y que ésta supone lógicas espaciales y transnacionales. Pero también es cierto que el territorio sigue siendo una variable relevante, que importa no sólo a los actores sociales que lo habitan, sino también a los actores económicos, para los cuales está lejos de ser un mero "soporte" (BERVEJILLO 1995).

Para pasar de la actual pobreza, injusticia y frustración pública a sociedades más justas y de más calidad de vida no basta la denuncia tradicional, ni las promesas populistas de los partidos, ni las ilusiones de nuevos y globales sistemas sociales idealizados, ni la nueva prédica ideologizante del mercado; es necesario un incremento radical de la capacidad humana productiva y organizativa de nuestras sociedades, orientada y animada por nuevos valores de solidaridad que permitan mejores posibilidades de producción, de bienestar interno y de negociación realista a nivel internacional.

Una clave fundamental para ello es la formación humana a todos los niveles, y son precisamente nuestras universidades las que, mediante acciones y decisiones lúcidas, pueden crear de modo privilegiado las condiciones para que la apertura, la globalización y el mercado sean efectivos instrumentos de producción de vida y no de muerte.

Estamos ante una crisis de civilización que será imposible resolver desde el economicismo consumista reinante, y que nos llama a una particular creatividad espiritual para una nueva civilización. Por eso, sería muy lamentable que las universidades latinoamericanas se limitaran a transmitir, sin espíritu crítico y sin visión ética, unas recetas de desarrollo que nos llevarán a procesos imposibles e indeseables, o a difundir una ilusión de humanismo carente de verdadera trascendencia.

La educación no puede ser vista como medio infalible de acceso a una riqueza ya existente, sino como formación de la persona humana para producir la riqueza que no existe, los bienes y servicios que necesitamos. Todos debemos tomar conciencia en América Latina de que el reto de la competitividad

y la apertura de los mercados nos obliga a medir nuestras capacidades con estándares internacionales, por lo que la clave para generar soluciones para que nuestro continente ocupe un lugar digno en el mundo está en la formación de los recursos humanos, misión que deberán asumir las universidades, precisamente con el objetivo de que sus egresados sean verdaderos agentes transformadores de la realidad económica y social de nuestros países.

Universidad, sociedad y globalización en América Latina

Hace cuarenta años era bastante aceptada la creencia de que el problema de nuestros países era el atraso secular, y la solución consistía en la modernización al estilo de los países industrializados, que a su vez estarían deseosos de ayudar al desarrollo y nos facilitarían recursos y asesoramiento.

En cierto sentido, a medida que se fue avanzando en la modernización, se redujo la distancia tradicional entre pobreza y atraso, mejoraron los servicios sociales y se pensó que la educación generalizada haría el resto.

En América Latina y el Caribe, el esfuerzo por generalizar la educación y, más específicamente, por abrir la universidad a las mayorías, ha sido impresionante. De 1950 a 1990 se ha pasado de 267.000 estudiantes del tercer nivel a cerca de 7.000.000. Cada año egresa más de medio millón de diplomados de niveles superiores. El financiamiento casi íntegro de la educación superior por el presupuesto público, abrió las puertas de la universidad a la clase media y a los sectores populares. Se incrementaron las universidades e institutos superiores, y de estos centros egresaron varios millones.

Hoy nos encontramos con que la ecuación que identificaba más universitarios con más desarrollo no ha funcionado. El papel de América Latina y de su producción en la economía mundial es muy inferior al de 1950. En esos mismos años, los problemas internos no se resolvieron, y nuestras sociedades se hicieron cada vez más duales. Por eso, cuando se habla de universidad, ya no podemos pensar simplemente que se trata de más de lo mismo; es decir, no basta seguir expandiendo los números.

Las universidades financiadas por el presupuesto público están atrapadas en muchas de las deformaciones propias de la burocracia de los organismos públicos. Su papel en el ascenso social se ha estancado e incluso retrocede. La deformación gremialista, que lleva a luchar sólo por las reivindicaciones del gremio, descuidando la calidad de lo que ese gremio ofrece a la sociedad, tiene bloqueadas muchas respuestas educativas.

Las normas universitarias tienden a convertir a estos centros en mundos de intereses propios, dejando en un segundo plano los intereses del país. Finalmente, el sistema de gratuidad total para el estudiante y pago total por parte del presupuesto oficial se revela injusto e insostenible en el nivel de educación superior, a causa de las crecientes dificultades en los ingresos fiscales y porque ese financiamiento, en parte, se concentra en sectores acomodados. En un reciente estudio del Banco Mundial sobre la enseñanza superior se reconoce que los hijos de las familias acomodadas están considerablemente subvencionados por el resto de la sociedad para asistir a universidades públicas, lo que refuerza sus ventajas económicas y sociales.

De esta manera, un modelo que estuvo inspirado en la justicia social y en la apertura a todos los sectores se ha convertido, con frecuencia, en un centro de poca calidad, negado a las mayorías populares —que no pueden acceder a causa de la mala educación básica y media que reciben—, y en una carga que no puede llevar sólo el presupuesto público. En nuestros países hay un enorme potencial humano dormido por falta de una adecuada educación. Esa es la verdadera pobreza de nuestras naciones, y la potenciación educativo-organizativa de las mayorías es la clave para una sustancial elevación de su capacidad de producir soluciones a los males que actualmente la aquejan. Es necesaria una educación de calidad para toda la población, y una educación íntimamente vinculada a la capacidad productiva de los bienes y servicios que el país necesita. Nos referimos aquí concretamente a la educación de la población que no va a la universidad. Dentro de este panorama generalizado, los profesionales de verdadera calidad que han dedicado su vida a la universidad sufren injustamente desprestigio, frustración, a veces verdadera proletarización, y los nuevos talentos buscan dedicarse a otras actividades. Los países tienen universidades costosas y, al mismo tiempo, en permanente crisis financiera. Las sociedades no reciben el producto final que desean, es decir, profesionales altamente cualificados, con actitudes éticas insobornables y comprometidos con la solución de problemas nacionales. El aporte a los avances científicos y tecnológicos y la investigación requerida son escasos, sobre todo si se compara con los países que están en punta y con las necesidades de nuestra realidad.

Con relación a las universidades e institutos superiores privados, pagados por las familias de los estudiantes, tenemos que el incremento de este sector en América Latina ha ido de un 16,5% de la matrícula total en 1960 a un 32,6% en 1985, con un alto porcentaje de desarrollo en Brasil y Colombia (60%).

Todas estas entidades tienen la interrogante de la asequibilidad para sectores de menores ingresos. Además, una buena parte del crecimiento mencionado deja mucho que desear, mientras que otra parte responde a la directa necesidad de las empresas de tener gente muy cualificada, cosa que

logran. Dentro de las universidades de iniciativa privada se encuentran las católicas, que no están libres de algunas de las limitaciones de las universidades privadas deficientes —por ejemplo, en la investigación y en la accesibilidad—, pero tienen logros significativos en la producción de profesionales cualificados, y con frecuencia realizan serios esfuerzos en la formación ética y en el compromiso social.

Del documento en el que me inspiro surge, como autocrítica a las universidades confiadas a la Compañía de Jesús, que si bien tienen un nivel muy aceptable, lo que han hecho en el pasado parece insuficiente ante las perspectivas de futuro. También, no pocas veces, sin pretenderlo, han formado un liderazgo carente de toda opción cristiana aplicada a la sociedad, que incluso ha contribuido a agravar las condiciones de injusticia y de pobreza.

En general, la crisis de la universidad oficial gratuita está obligando a abordar nuevos esquemas de financiamiento, cuya introducción tendrá un costo político. El presupuesto estatal universitario requiere de un fuerte complemento de parte de la empresa productiva pública y privada, y parece inevitable el pago parcial del costo universitario por parte de los estudiantes que puedan hacerlo, cuidando, por otro lado, que el Estado garantice su entrada a la universidad a todo talento joven y con vocación, aunque carezca de recursos económicos.

El gasto y la "productividad" universitaria requieren una profunda revisión; el fin y la naturaleza de la universidad no se pueden desvirtuar reduciéndolos a simple medio de ascenso social individual o a centros de beneficencia social y con bajo aporte a la solución de problemas globales de nuestras sociedades. La universidad debe ser mucho más selectiva y exigente académicamente y, al mismo tiempo, sin barreras económicas para los sectores de menores recursos. Pero junto a ella debe haber una verdadera opción amplia de formación profesional y técnica no universitaria.

La universidad, además de no formar para el desempleo, debe formar con mentalidad para ser creadores de fuentes de trabajo y, sobre todo, para asumir la realidad del país en toda su crudeza y emprender soluciones eficaces.

La investigación de problemas específicos del país, la aplicación de soluciones adaptadas, las pasantías en empresas y el trabajo en sectores más abandonados son algunos de los aspectos que dan realismo y contenido social y nacional a los títulos universitarios.

La universidad ante la modernización

La globalización del mercado es un hecho que conlleva cierta globalización

cultural y cierta nivelación de aspiraciones, necesidades y gustos. A medida que se avanza en esta línea, se van produciendo las reacciones concomitantes, que buscan afirmar las especificidades étnicas y preservar identidades amenazadas por el gran mercado del universo, donde sólo cuentan los pueblos y las personas por su capacidad solvente de consumo y por su capacidad de producción, para incrementar su poder de compra.

Los medios masivos de comunicación social, dirigidos por un sentido economicista y de ganancia de *rating*, modelan la conducta de las masas y transmiten los símbolos de éxito y prestigio social, reduciendo drásticamente la capacidad modeladora de la vida social y su transmisión efectiva de valores, que instituciones como el Estado, la familia y la Iglesia supieron tener hasta que entraron en crisis.

De acuerdo con su propia inercia, la universidad tiende a reproducir, reforzar y transmitir esa cultura y esa ciencia con las cuales la vida humana va perdiendo calidad. El joven de hoy, por un lado, aprende en la universidad a ser soldado competente y exitoso en esta guerra, que ya no es unilateralmente guerra contra todo lo antihumano que hay en el subdesarrollo racional e industrial. Por el contrario, también es soldado portador de una guerra antihumana en muchos y graves aspectos que trae la implantación del desarrollo economicista.

El desarrollo ha ampliado las posibilidades del individuo y su ámbito de libertad. Pero al mismo tiempo, se trata de una libertad condicionada y sutilmente modelada por las grandes empresas productoras de formas de llenar el tiempo de ocio, los vacíos interiores y las miserias del individualismo solitario. Las empresas del tiempo libre y de la diversión, del culto del cuerpo y los fabricantes de modas van llevando las oleadas humanas en una u otra dirección, imponiendo sus valores, gustos y formas de sentir.

Junto a ello, y a veces en las mismas personas, tenemos la neopobreza de los hambrientos y marginados en las sociedades más opulentas, y de manera más generalizada y dramática en las naciones y pueblos de Asia, de África y de América, que constituyen más de tres cuartas partes de la humanidad subordinada, para los cuales el modelo dominante de desarrollo mundial ni es posible ni es deseable.

La universidad latinoamericana debe contribuir a que nuestras sociedades sean más modernas, libres y competitivas para salir de su miseria y dominación. Pero en el intento de lograrlo, deben evitar la inducción de los males y limitaciones de la cultura economicista avanzada.

No hay fórmulas de solución simple para evitar esta profunda ambigüedad que debe enfrentar la universidad latinoamericana.

Es necesario crear comunidades universitarias con verdadera hondura humana, que permitan el diálogo interdisciplinario creativo y el discernimiento

espiritual sobre culturas y sociedades, y que refuercen el papel humanizador del hombre en ellas.

Las universidades latinoamericanas necesitan desarrollar una nueva capacidad de asumir la realidad de nuestras sociedades ante el proceso globalizador que se está dando en el mundo, con una aptitud de discernimiento filosófico y moral capaz de animar la actividad científica y tecnológica con una orientación humanista, con sentido de justicia y solidaridad social, y una capacidad de brindar inspiración y sentido a la creatividad de las tendencias culturales nacientes.

Propuesta sobre objetivos, prioridades y líneas de acción de las universidades

Frente a la actual situación, las universidades latinoamericanas deberían acordar, dentro de los procesos de integración regional que inicialmente citáramos, objetivos prioritarios comunes, que se deberían cumplir en determinado plazo, tendientes a enfrentar la nueva realidad, evitando de esta manera la amenaza de marginación que puede aparejar el actual proceso de globalización. Extraigo textualmente del capítulo "Objetivos, prioridades y líneas de acción" del documento *Desafíos de América Latina y propuestas educativas*, un objetivo que creo sintetiza la misión que deben tener nuestras universidades:

Desarrollar una alta calidad científica y un agudo sentido de la aplicación de los estudios, a fin de lograr una mayor productividad social en la creación de los bienes y servicios que se requieren, para mejorar la calidad de vida de nuestras sociedades. Que el incremento de la capacidad científica y tecnológica, vaya animado de un humanismo que lo lleve a la efectiva solución de los grandes males que aquejan a nuestras sociedades, particularmente a las mayorías pobres. Que el sentido de lo público, la responsabilidad, el espíritu democrático, y el incremento de la capacidad organizativa de nuestras sociedades, sean un sello del aporte de nuestras universidades.

Conscientes de que en nuestras sociedades ha fracasado una manera de hacer política, queremos contribuir al desarrollo de un nuevo sentido político, con una acentuación de la responsabilidad y de la organización plural de la sociedad civil, y de la nueva relación de ésta con el Estado como instrumento del bien común.

Como propuesta final creo que las universidades de la región deberían proponerse como meta, a nivel de misión, globalizar la transmisión de valores y derechos básicos, como los éticos, la justicia, el respeto a la persona humana, a través de la plena vigencia de los derechos humanos, del niño y de la mujer, lo que contribuirá a desarrollar un nuevo sentido de lo público, donde se recupere la valoración de la responsabilidad común, de la honestidad y la capacidad en la gestión de los servicios públicos y la administración de recursos escasos.

Bibliografía

- AUSJAL: *Desafíos de América Latina y propuestas educativas*, Rectoría de la Universidad Católica Andrés Bello, 1995.
- BERVEJILLO, Federico: "Nuevos procesos y estrategias de desarrollo. Territorios en la globalización", en *Prisma*, nº 4, Montevideo, 1995.
- FERREIRA, María Carmen y RAMOS OLIVERA, Julio: *MERCOSUR Enfoque laboral*, Montevideo, Fundación de Cultura Universitaria, 1ª de., 1991.
- GANÁ BARRIENTOS, Eduardo: "Procesos de integración subregional y coordinación de políticas macroeconómicas", en *ICE - América Latina balance de una década*, nº 732-733, agosto-setiembre 1994, pp. 131-140.

Resumen

En su primera parte, el artículo se propone una aproximación a la situación actual del continente latinoamericano: luego de repasar los procesos de integración económica regional producidos desde la década de los cincuenta, enumera elementos positivos y negativos que se observan en su realidad presente. Aborda a renglón seguido el fenómeno de la globalización en sus dimensiones económica, tecnológica, cultural, político-ideológica y físico ambiental. Con este contexto formula el objetivo de incrementar la justicia y la calidad de vida de las sociedades latinoamericanas por la vía de aumentar su calidad humana, orientada y animada por nuevos valores de solidaridad. En la segunda parte, el trabajo enfoca la problemática de la educación. Describe el proceso seguido por la educación superior en el continente, constata el fracaso de las aspiraciones que relacionaban su crecimiento con el desarrollo social y enumera algunos de sus principales problemas actuales. Finalmente formula los retos pendientes para las universidades latinoamericanas, en especial las católicas, que pueden resumirse, a nivel de misión, en globalizar la transmisión de ciertos valores y derechos básicos.